

## UTOPIA Y CONTRAUTOPÍA EN *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*

por EDUARDO E. PARRILLA SOTOMAYOR

(Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México)

Tal vez el mayor acierto de Gabriel García Márquez al escribir *Cien años de soledad* consiste en haber cifrado su novela en una multiplicidad de lecturas simultáneas. La tesis de Vargas Llosa sobre la novela total se cumple a cabalidad. En *Cien años de soledad* se entrelazan al menos seis lecturas: (1) la socio-histórica que representa los avatares de la historia de Colombia; (2) la mítico-sagrada que relata la historia de la estirpe Buendía a la luz de la Biblia; (3) la mítico-hermética sustentada en referencias, mitos y símbolos de la alquimia y la numerología; (4) la metafísico-existencial que se explica por la intervención de ciertas fuerzas sobrenaturales como la predestinación y el mundo de los muertos en el devenir de la historia; (5) la humorístico-carnavalesca que, valiéndose de la hiperbolización grotesca, la ironía y el humor, degrada lo elevado desde lo bajo corporal y (6) la utópico-contrautópica, cuya explicación motiva el cometido de esta ponencia.

De algún modo este tema remite al libro *Utopía y contrautopía en el Quijote* de José Antonio Maravall. Este autor encontró que en *Don Quijote de la Mancha* la ética del ideal caballeresco y la nostalgia de una vida más bella como valor del utopismo humanista fue llevado por Cervantes al extremo de la ucronía demencial de Alonso Quijano, para poner de relieve con ello su contundente fracaso en el contexto contrautópico de la España imperial instaurada a partir del régimen de Carlos V. La confrontación ideológica entre la visión utópica y contrautópica, cabe afirmar, es uno de los aspectos que le confieren a la primera novela moderna su profundo significado estético.

De diferente modo, en *Cien años de soledad* también gravita una confrontación ideológica entre una visión utópica y contrautópica. En aras de profundizar en este tema conviene dejar establecido que esta novela está atravesada por una reflexión sobre los derroteros de América Latina, en cuya historia, según Carlos Fuentes, se entrelazan la épica, el mito y la utopía.<sup>1</sup> En un análisis más cuidadoso, se puede afirmar que el tema de la utopía va desde el contenido a la forma. Así, Arcadio como nombre propio, o Buendía como apellido, remiten, respectivamente, a la Arcadia de Jacobo Sannazaro y al aspecto esperanzador que encarna simbólicamente el inicio de un nuevo día. Por otra parte, hay pasajes en que el lector puede identificar tópicos que remiten a mundos utópicos como éste que les refiere José Arcadio

---

<sup>1</sup> Al respecto, señala Fuentes lo siguiente: “En *Cien años de soledad*, García Márquez nos condujo de una utopía de fundación a una épica corruptora al alba de un mito que nos permitió recordar nuestra historia en el presente; nombrarla y escribirla. Esta realización la logró el escritor gracias a una perspectiva, irónica y humanizante, sobre el proceso histórico total de Iberoamérica” (206).

Buendía a sus hijos: “en el extremo meridional de África había hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era sentarse a pensar” (22). Otros tópicos dentro de la vena utópica son las acciones, con reminiscencias quijotescas, del general Moncada conducentes a querer humanizar la guerra (157), o bien la fiebre liberal de Arcadio, cuando se dispone a fusilar al padre Nicanor, a convertir el templo en escuela y a implantar el amor libre (110). En este último ejemplo el fusilamiento anuncia ya un indicio del escenario contrautópico.

Vista en una perspectiva más amplia, *Cien años de soledad* entrelaza en su intriga dos momentos míticos esenciales: la cosmogonía del Génesis que sirve de marco para toda la novela y concluye con el huracán bíblico del Apocalipsis y la ficcionalización de las luchas por la emancipación de la herencia colonial en la historia de Colombia. En un principio, el mito genésico de Macondo constituye la representación de una utopía que simboliza tanto los orígenes de la humanidad como los de Colombia y, por extensión, los de América Latina. De ahí que este mito de los orígenes sea el punto de convergencia de otras vertientes utópicas en la novela. Al igual que en los orígenes del hombre en el paraíso de Macondo se entremezclan el aspecto mesiánico, social, arquitectónico, científico y festivo. Aunque todas estas facetas coincidan, desde la perspectiva socio-histórica del contexto colombiano y latinoamericano, lo esencial es que la fundación de Macondo, por tratarse de un experimento migratorio en busca de una tierra de promisión se presenta como una utopía comunitaria. El contacto de esta última con la ideología liberal desemboca en un proyecto de utopía social que constituye el segundo momento mítico de la novela. Sin embargo, en el juego de contradicciones de ambos momentos deviene el signo adverso de la contrautopía.

La utopía comunitaria se inicia con José Arcadio Buendía. Tras el homicidio de Prudencio Aguilar, el remordimiento de conciencia simbolizado en la aparición reiterada de su espectro es lo que motiva a emprender una travesía “hacia la tierra que nadie les había prometido” (30). No sólo se trataba de José Arcadio y Úrsula, sino de un puñado de jóvenes aventureros como ellos. Después de dos años de travesía, cuando ya se hallaban en un estado de calamidad, José Arcadio Buendía tuvo el sueño de una ciudad ruidosa con paredes de espejo. Al preguntar por la ciudad una voz le dictó el nombre Macondo. Al día siguiente persuade a los demás hombres para no seguir adelante, porque nunca encontrarían el mar. Ése es el comienzo de la aldea de Macondo. Desde la primera página de la novela lo conocemos:

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo (7).

Este estado primigenio y virginal es, como ya se ha dicho, una clara alusión al paraíso terrenal y al libro del Génesis. José Arcadio Buendía, por ser el Adán, el patriarca de la historia, se convierte también en el arquitecto de Macondo. Su actividad, por demás, es la de un sabio, un prohombre:

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto (15).

Uno de los tópicos de la utopía como género literario es el trazado de la ciudad (e.g. Amaurota en la *Utopía* de Moro, *Ciudad del Sol* de Campanella), pero lo que más resalta de la planificación ideada por José Arcadio Buendía es el compromiso con la igualdad que motiva la organización de la aldea. En este sentido, todas las casas fueron construidas en igualdad de condiciones, por lo que se logra constituir una comunidad en la que impera un espíritu de armonía. La prosperidad está a la vista; Macondo sobrepaja en cuanto a orden y laboriosidad a las demás aldeas de su tiempo; es la arcadia, una aldea feliz en donde efervesce la juventud y no se ha conocido aún el dolor de la muerte.

Esta imagen paradisiaca se representa simultáneamente como un estado inmanente y como el producto de la actividad del hombre. La imagen del corral “donde vivían en comunidad pacífica los chivos, los cerdos y las gallinas” (15) hace pensar en un mundo virginal en que la naturaleza en su diversidad cohabita en armonía, en el mundo virginal anterior al pecado original. A José Arcadio Buendía, por otra parte, como Adán, se le representa como un ser designado para construir ese paraíso terrenal. Su autoridad es reconocida en que los demás pobladores de Macondo construyen sus casas “a imagen y semejanza” de la suya.

El quiebre de este orden arcádico sobreviene con la aparición de Melquíades y el contacto con la ciencia. A los subsecuentes intentos de José Arcadio Buendía por utilizar la ciencia con fines mezquinos, es Melquíades quien lo previene de que el imán o la lupa no fueron creados para esos fines. Así, todo el peso de la responsabilidad sobre el destino de Macondo recae en José Arcadio Buendía. Movidio por la ambición, el vicio de hacer la guerra y la falta de escrúpulos es él quien trastoca el sentido del árbol de la ciencia e inicia la destrucción del paraíso como espacio utópico.

A diferencia de la utopía comunitaria que brota de una sabiduría patriarcal en un entorno natural, la utopía social hace su aparición en un contexto intenso de luchas y antagonismos ideológicos. Sin embargo, no cristaliza en la novela de un modo tan lúcido como la utopía comunitaria. Más bien, su formulación se lee entre líneas, está implícita, ya que hay que buscarla en el trasfondo histórico de la sociedad colombiana. Para entender la utopía social conviene tener en cuenta hasta dónde llegaron las reformas de la ideología liberal en la Colombia del siglo XIX. Abramson más que a reformas se refiere a la revolución colombiana (1848–1955), la cual, sostiene, se acerca más que ningún otro país latinoamericano, al modelo francés de las “jornadas” parisinas (79). Bushnell y Macaulay, por su parte, consignan que la Constitución colombiana de 1863 representa la forma de liberalismo más avanzada

que alcanzó (o que padeció) ninguna nación latinoamericana en el siglo XIX (Bushnell y Macaulay 220).

Este liberalismo extremista portaba la semilla de su destrucción. Y fueron dos las causas principales que llevaron al caos y la guerra: la inestabilidad creada por el juego de intereses entre la autonomía de los estados federados y el poder central del Estado y la manzana de la discordia que significó el asunto de la ideología católica. Bushnell y Macaulay explican el impacto que tuvo, al respecto, la promulgación de la Constitución de 1863:

Al llevar los derechos de los individuos y los estados a tales extremos, las autoridades nacionales eran incapaces de mantener el orden; los gobiernos estatales se hacían y deshacían en revoluciones locales, sin que el presidente colombiano pudiese hacer nada. También con sus ataques a la Iglesia, los liberales habían ofendido a la mayoría de los colombianos... (220).

A la luz de este trasfondo histórico es que se puede entender el significado que adquiere la utopía social en *Cien años de soledad*. El narrador se refiere a este proceso así: “había prendido la fiebre liberal” (110). Todo se inicia con la aparición de Apolinar Moscote. Ante su actitud autocrática al dar la orden escrita de pintar las casas de azul, el color del partido conservador, José Arcadio Buendía reacciona para defender la vida de concordia y autogestión que prevalece en Macondo: “En este pueblo no mandamos con papeles” dice, y luego hace un recuento de los logros alcanzados en Macondo sin la intervención del gobierno. Su compromiso con la paz lo lleva a condicionar la permanencia de Moscote: “si usted se quiere quedar aquí, como otro ciudadano común y corriente, sea muy bienvenido. Pero si viene a implantar el desorden obligando a la gente a que pinte su casa de azul, puede agarrar sus corotos y largarse por donde vino” (65).

Se deduce de este argumento que las dos fuentes del mal radican en la violencia y los excesos de poder. Pero es más adelante, cuando Aureliano Buendía, convertido ya en yerno de Moscote, se percata de la conducta de su suegro, y conoce las ejecuciones sumarias de los conservadores en el poder, que se convence de que hay que lanzarse a la lucha armada en favor de la ideología liberal. A partir de ahí comienza la epopeya de Aureliano Buendía, su heroicidad y su leyenda. Pero a medida que va transcurriendo el tiempo, la guerra lo va deshumanizando y la embriaguez del poder lo convierte en un déspota. Con estas conductas es que se inicia la degradación de la utopía social que alentaba los ideales liberales. La utopía se ha convertido en contrautopía.

El coronel Aureliano Buendía no es el único personaje liberal corrompido por la guerra y el poder. El personaje de Arcadio, su sobrino, instaura en Macondo un régimen de terror y utiliza el poder para enriquecerse ilícitamente. Otro personaje que incurre en excesos similares es el liberal Alirio Noguera, falso médico homeópata, cuya concepción de la guerra se sustentaba en un plan de exterminio de las familias conservadoras.

A diferencia de Arcadio y el doctor Noguera, personajes en cuya conducta criminal se observa con toda nitidez el germen de lo que han sido los regímenes totalitarios

de las dictaduras latinoamericanas, Aureliano Buendía es un personaje que se ha ido deshumanizando con los estragos de la guerra. El vacío de la guerra, por eso, puede entenderse como el efecto enajenador de un proceso social tan viciado, desmoralizante y enrarecido que termina socavando la razón de ser de la aspiración utópica a un mundo más justo, en este caso, la que se funda sobre los principios del liberalismo.

A la luz de estas consideraciones la contrautopía de la historia ficcionalizada de Colombia puede entenderse de tres maneras: (1) el retroceso ideológico que supone la perpetuación a ultranza de la herencia colonial; (2) las consecuencias perniciosas que acarrea la guerra prolongada entre liberales y conservadores y (3) las medidas draconianas y el genocidio que ciertos tiranos perpetran contra la población civil. Personajes conservadores como Fernanda del Carpio, Apolinar Moscote simbolizan la pretensión de restaurar los valores tradicionales de la colonia, fundados en el vínculo indisoluble del Estado y la Iglesia y los privilegios de una élite señorial. En ellos prevalece una visión ideológica que se sustenta en lo que Juan Villoro llama asociación para el orden.<sup>2</sup> La preeminencia del orden implica no sólo garantizar la seguridad de la colectividad, sino mantener la continuidad en el tiempo. Su postura ética le concede especial mérito al respeto a las tradiciones, a la herencia familiar y cultural, a la calidad de los linajes y a las glorias pasadas (284). Precisamente, por tratarse de una postura que opone la continuidad a la transformación se convierte en una fuerza contrautópica, en contraste con la utopía social de los liberales.

Cierto que la asociación para el orden puede servir de base para la formulación de un modelo utópico (*La ciudad del sol* de Tommaso Campanella) y filosófico (*Leviathan* de Thomas Hobbes). Pero lo que hace contrautópica a la postura de los conservadores, cuyo personaje emblemático es Fernanda del Carpio, es su visión retrógrada que pretende perpetuar el sistema de dominación de la herencia colonial. A diferencia de esta asociación política fundada en el orden, la asociación para la libertad se funda en asegurar la libertad de sus miembros por la vigencia de la ley (292). En vez de una asociación en la que el orden predetermina el lugar inamovible del individuo, la asociación para la libertad se cifra en una ética política que le concede preeminencia a la realización del individuo como persona. “El orden no responde ya a una voluntad particular sino a la voluntad de todos” (288). Como formulación utópica este es el modelo de la *Utopía* de Moro; como formulación filosófica lo encontramos en el *Contrato Social* de Rousseau.

En *Cien años de soledad*, estas consideraciones quedan silenciadas y trastocadas por la guerra. Dice Mariano Azuela en *Los de abajo* “la revolución es el huracán, y

---

<sup>2</sup> Se trata de tres tipos de asociaciones políticas. (1) en la asociación para el orden se concede prioridad a la familia de valores propios del todo de la asociación y a la manera como cada miembro contribuye a su realización; (2) en la asociación para la libertad se concede prioridad a la familia de valores propios de los individuos y a la manera como el todo favorece su realización y (3) en la asociación para la comunidad se otorga prioridad a la familia de valores que vinculan el todo a los individuos y los individuos al todo y a la manera como orden y libertad se realizan sin oponerse (274–275). En *Cien años de soledad* la relación dialéctica tesis/antítesis/síntesis que subyace a la explicación de estas asociaciones se produce de manera curiosa. La asociación para la comunidad que integra el orden y la libertad sin oponerse se representa únicamente en el mito del Macondo fundacional de José Arcadio Buendía.

el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval” (63). Algo parecido sucede en *Cien años de soledad*. La guerra prolongada que conoce el coronel Aureliano Buendía se convierte en un proceso tan viciado y aniquilador que sus efectos corrompen toda posibilidad de concretizar la utopía liberal. Cuando en un diálogo el coronel le confiesa a Gerineldo Márquez que pelea por orgullo y éste le contesta que eso es malo; su respuesta sardónica es que es mejor pelear por orgullo que pelear como él “por algo que no significa nada para nadie” (146). Más adelante, en su ocaso, se le oye decir: “La única diferencia actual entre liberales y conservadores es que los liberales van a misa de cinco y los conservadores a misa de ocho” (255). Lo cierto es que no se trata únicamente de un asunto de ideologías, sino de que la guerra ha destruido el fundamento moral de la esperanza utópica hasta el grado de que liberales y conservadores incurrían en los mismos atropellos e iniquidades. El general Moncada, quien quería humanizar la guerra, le reprocha al coronel Aureliano Buendía: “Lo que me preocupa es que de tanto odiar a los militares, de tanto combatirlos, de tanto pensar en ellos, has terminado por ser igual que ellos. Y no hay un ideal en la vida que merezca tanta abyección” (170).

Si la violencia de la guerra crea condiciones tan adversas que contradicen la realización de la utopía liberal, entonces ese caos contribuye a un escenario contrautópico. Luego, la aparición de tiranos como Arcadio y Alirio Noguerras capaces de realizar exterminios clausura aún más la posibilidad de una transformación liberal. Sin embargo, el asunto no acaba ahí. La predestinación que pesa sobre la estirpe de los Buendía está aparejada a una concepción escatológica del mundo, a una doctrina del destino final del hombre y el universo con resonancias tanto cristianas como ancestrales. Como parte de las cosmogonías de los pueblos antiguos, Mircea Eliade ha encontrado varias características sobre la escatología que se advierten en *Cien años de soledad*. En las diversas culturas la idea del fin del mundo puede atribuirse a muchos fenómenos naturales que causan cataclismos o desastres. Cuando se refiere al Diluvio, detecta que las causas principales residen en los pecados de los hombres y también en la decrepitud del mundo (Eliade 63–64). La búsqueda del paraíso degenera en fatiga cósmica. Otro rasgo que ha encontrado Eliade en la mayoría de los mitos americanos del Fin del Mundo es la teoría cíclica que conduce a la catástrofe (65), la cual, a veces va seguida de una regeneración universal. Hay que recordar que es Úrsula el personaje que se peca del cíclico desgaste del tiempo en Macondo. A lo largo de la novela ese desgaste se va acrecentado por una serie de desastres y cataclismos que simbolizan las siete plagas del libro del Apocalipsis de San Juan. La primera de ellas es el insomnio que surge después que José Arcadio Buendía utiliza los inventos con fines mezquinos. El insomnio afecta la memoria y trae como consecuencia el olvido. Luego viene la plaga de las guerras civiles que divide a los macondinos. Más tarde, la llegada de la compañía bananera, la masacre de los trabajadores, la lluvia que dura cuatro años, once meses y dos días, clara alusión al Diluvio, la sequía que trae la muerte de los pájaros y al final, el huracán bíblico que borra la estirpe de los Buendía de la faz de la Tierra.

De todas estas plagas, la que le asesta el golpe mortal a Macondo es la masacre a raíz de la huelga en la compañía bananera. En contraste con el Macondo de la

utopía comunitaria, el enclave de la compañía bananera (la *United Fruit*) y sus acciones representan en esta novela el momento más crítico de la contrautopía. Todos los valores sobre los que se sustenta la compañía bananera, se contraponen a los valores que en un principio José Arcadio Buendía había tratado de preservar. Los gringos llegan y traen la exclusión, la explotación inmisericorde de los pobladores y la manipulación de la naturaleza para sus particulares intereses. A diferencia de los valores naturales del mundo precapitalista de los fundadores de Macondo, a ellos los mueven los valores economicistas del sistema capitalista. El narrador logra captar con certera descripción el valor que le conceden a la razón en función de la codicia y el lucro personal, el valor supremo de la propiedad privada y la cosificación de todo lo natural y de la fuerza de trabajo humana.

Los valores de la compañía bananera giran en torno al negocio y el dinero. Pero para alcanzar esos fines, los gringos muestran una inusitada conducta fundada en el cálculo racional:

Con la incrédula atención de un comprador de diamantes examinó meticulosamente un banano seccionando sus partes con un estilete especial, pesándolas en un granatario de farmacéutico y calculando su envergadura con un calibrador de armero. Luego sacó de la caja una serie de instrumentos con los cuales midió la temperatura, el grado de humedad de la atmósfera y la intensidad de la luz. Fue una ceremonia tan intrigante, que nadie comió tranquilo esperando que Mr. Herbert emitiera por fin un juicio revelador, pero no dijo nada que permitiera vislumbrar sus intenciones (238–239).

Luego de establecerse y comenzar la producción a grande escala del banano comienzan los conflictos con los trabajadores. La huelga, se nos narra, estalló primero porque no querían que se les obligara a cortar y embarcar el banano los domingos (310). Pero más adelante, vuelven los conflictos por la insalubridad de las viviendas que les daban, un servicio médico que era un engaño, las condiciones adversas de trabajo y porque no les pagaban con dinero, “sino con vales que sólo servían para comprar jamón Virginia en los comisariatos de la compañía” (313). José Arcadio Segundo, que se había convertido en un líder sindical, fue encarcelado porque había revelado que “el sistema de los vales era un recurso de la compañía para financiar sus bancos fruteros, que de no haber sido por la mercancía de los comisariatos hubieran tenido que regresar vacíos desde Nueva Orleans hasta los puertos de embarque del banano” (313).

Este orden de cosas, elocuente evidencia del neocolonialismo, llega al punto máximo de confrontación con la masacre que José Arcadio Segundo presencia. El orden contrautópico llega al más alto grado de degradación moral y deshumanización. Esta vez el ejército del Estado, confabulado con la compañía bananera, llega a masacrar con total impunidad a una multitud de cerca de tres mil civiles desarmados, cuyos cadáveres, tras ser transportados en un tren, son arrojados al mar. Lo más grave de este acto genocida es que en la multitud había no sólo trabajadores, sino mujeres, ancianos y niños.

El creciente deterioro moral, por lo tanto, es lo que hace declinar a Macondo. Pero el quiebre que sobreviene entre la aldea feliz y el enclave de la compañía bananera

va aconteciendo como dos fuerzas que se mantienen paralelas. Por un lado, la esperanza utópica que se malogra a consecuencia del poder y la violencia, tornándose en la negación de sí misma y, por el otro, la escatología que se cierne como una fuerza implacable y que termina por clausurar toda posibilidad de regeneración.

### Conclusión

*Cien años de soledad* metaforiza la paradoja intrínseca a todo proyecto utópico. Para ser más exactos, simboliza la incitación a la utopía que ha proliferado en la historia de América Latina desde sus inicios, la cual se ha debatido en una permanente tensión que Fernando Ainsa resume como la visión esperanzada de su idealidad futura llena de posibilidades y el presente hecho de desigualdades, injusticias y frustraciones (16). De ahí que la única utopía que cristaliza en esta novela es la del mito de los orígenes, ya sea Edad de Oro, arcadía o paraíso terrenal, la cual no se basta por sí sola, ya que persiste nutriéndose en el eterno retorno que Jean Servier esboza en esta otra paradoja: “La utopía no hace más que colmar el vacío entre un paraíso perdido y una tierra prometida” (139). El vacío puede entenderse como la dificultad insuperable del atraso y la falta de autodeterminación que ha padecido América Latina. Mas, a modo de antídoto para contrarrestar ese vacío, se yergue el compromiso liberador que a través de la crítica y la reflexión ética guía la intención estética de García Márquez a lo largo de la novela. Este compromiso liberador opone al discurso de la guerra un discurso de paz, al discurso de la dominación, un discurso de respeto a la dignidad y al discurso del cálculo racional, un discurso crítico fundado en la justicia y la solidaridad. Es en esta medida que *Cien años de soledad* nos restituye el sueño de la utopía.

### BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMSON, Pierre-Luc. *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- AINSA, Fernando. *De la Edad de oro a El dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- BUSHNELL, David y Neill MACAULAY. *El nacimiento de los países latinoamericanos*. Madrid: Editorial Nerea, 1989.
- CAMPANELLA, Tommaso y Francis BACON. *La ciudad del sol. Nueva Atlántida*. Barcelona: Ediciones Abrazas, 1999.
- ELIADE, Mircea. *Mito y realidad*. Barcelona: Editorial Labor, 1968.
- FUENTES, Carlos. *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Cien años de soledad*. México: Diana, 1986.
- MARAVALL, José Antonio. *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Madrid: Ediciones Pico Sacro, 1976.
- MORO, Tomás. “Utopía”. *Utopías del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
- SERVIER, Jean. *La utopía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- VARGAS LLOSA, Mario. *García Márquez: historia de un deicidio*. Barcelona/Caracas: Monte Ávila Editores, 1971.
- VILLORO, Luis. *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.